

LA BELLEZA Y SUS IMPLICACIONES

I

La semana próxima se cumple 60 años de mi primer viaje a Europa. Me habían otorgado una beca para hacer una licenciatura y un doctorado en Roma. En esa época los viajes en avión eran escasos y muy caros. No había sido construido el aeropuerto de Ezeiza; los aeroplanos partían del “campo de aviación “de Morón que era precisamente eso: un campo con hangares pero sin ninguna pista.

Mi viaje tuve que hacerlo en un buque de carga. Algunas empresas ofrecían una docena de camarotes a pasajeros particulares en sus cargueros a bajo precio. La travesía duraba 18 días; los camarotes eran bastante cómodos, la comida excelente; yo calculé que el costo total de los desayunos, almuerzos y cenas era bastante superior al valor del pasaje, 700 pesos entonces. Tocamos los puertos de Montevideo, San Pablo, Río de Janeiro, Cabo Verde, Niza y Cádiz para terminar en Génova. La estadía en cada puerto duraba generalmente un día para realizar la carga y descarga. Los pasajeros podíamos conocer las ciudades con bastante tranquilidad.

Durante la travesía no había nada que hacer en todo el día. Los “cruceros” ofrecían cada día multitud de entretenimientos, juegos, cine, conciertos, baile. Los cargueros no tenían (ni tienen) biblioteca. Los pasajeros tenían como única ocupación contemplar la inmensidad del mar, la grandiosidad de la bóveda celeste, de noche el cielo estrellado. Por supuesto, meditar y rezar.

La literatura me había mostrado la admiración que tantos escritores habían tenido ante la belleza de la naturaleza. Y los salmos alaban a Dios por su obra. Mi padre me había enseñado a gustar de la música clásica, sin desmedro del folklore criollo que nos emociona a los que tenemos en nuestra tierra cuatro o cinco generaciones de antepasados. Algo parecido me había sucedido con la pintura. Pero yo, muchacho de la ciudad, con el tiempo dividido entre el estudio y el deporte, nunca pensé que la admiración de una belleza natural o artística podía necesitar más de tres o cuatro minutos; después se volvía a la vida prosaica.

Destaco estos hechos porque, a pocos días de este primer viaje marino, estando abarcando con la mirada el espectáculo del océano y del cielo me sentí atrapado. No puedo explicar con palabras lo que estaba experimentando. Era una mezcla de fruición y de gozo junto al deseo de permanecer en esa situación. No sé cuánto tiempo estuve embelesado; seguro que más de una hora. Años más tarde, en un crucero, tuve un

comienzo de la misma experiencia pero fue interrumpida por varios amigos que me invitaban a participar de algunos de los entretenimientos que ofrecía el barco; creían que yo estaba aburrido.

¿Está bien incluir experiencias personales en una exposición filosófica? Creo que sí. Lo hace Jean Paul Sastre, personificado por Antoine Roquemtin en “La náusea”, en el famoso pasaje del jardín público donde tienen la súbita experiencia de la existencia esencialmente contingente¹. Más cerca nuestro, Jacques Maritain insistió en la “intuición del ser” en casi todas sus obras, sobre todo en “Siete lecciones”². En la misma obra recuerda las experiencias de Henri Bergson de “la duración” en el fondo de la subjetividad; de Martín Heidegger de la “angustia metafísica” y la de Gabriel Marcel de la fidelidad³. No se me ocurrió creer que esta experiencia podría ser algo propio de algunas personas. Y tuve una confirmación de esta creencia. Estaba en Roma y un profesor amigo, un español radicado en La Plata me visitó. Me dijo que le habían dicho que una empresa turística publicitaba un viaje a una pequeña población al norte de Génova. Se salía de Roma un día y se regresaba al día siguiente, alojándose en un hotel por una noche. La finalidad era solamente contemplar el paisaje. Este amigo pensaba ir y me invitó a acompañarlo. Acepté.

En el trayecto, además de conversar sobre nuestras impresiones sobre Italia, donde ambos habíamos vivido. Mi amigo se extendió sobre las bellezas de España. Aunque no le expresé, me pareció que exageraba. Llegamos a Margherita Ligure; así se llama ese pueblecito, vecino al Mediterráneo. Dejamos el ómnibus y el conductor nos dijo que él y su ayudante llevarían nuestras cosas al hotel, mientras los pasajeros irían al cercano litoral, a contemplar el paisaje.

Con mi amigo nos separamos del grupo. El espectáculo era maravilloso. El mar, el cielo, enfrente. Atrás las colinas pobladas de vegetación. Imposible de describir la impresión no solo mía, sino del profesor amigo. Ambos quedamos extasiados, en el silencio, por más de una hora. Caminamos sin hablar hasta el cercano hotel. Ninguno de los dos hizo ningún comentario. Tampoco en nuestro alojamiento. En la cena, cuando ya anochecía, coincidimos que podríamos volver a contemplar el paisaje.

¹ J. P. SARTRE, *La náusea*, trad. A. Bernárdez, ed. Losada, Buenos Aires, 1996, pág. 143-149.

² J. MARITAIN, *Siete lecciones sobre el ser*, trad. A. Frossard, ed. Desclée, Buenos Aires, 1943, pág. 73-100.

³ *Ibidem*, pág. 80-81.

II

Estas experiencias (que nunca pensé que estaban dadas a actores privilegiados sino a cualquier persona que les preste atención) no son, a mi juicio, sólo fenómenos psicológicos sino que, como todo fenómeno, también son manifestación de la realidad metafísica. Importa, por lo tanto, analizarlos a este nivel, es decir, en su dimensión metafísica.

Santo Tomás define la belleza como “lo que visto, agrada”⁴. Los tomistas, como es sabido, han aclarado que no se trata sólo de la visión ocular, sino que junto con ella se da la intelección de la cosa bella que causa agrado en la voluntad acompañada de deleite sensorial⁵.

Es importante destacar que tanto las filosofías dualistas como las monistas, sean idealistas o materialistas, por desconocer la unidad substancial de la persona humana, no logran explicar la relación entre la unión íntima de lo sensible y lo inteligible. Ya se los opone como entidades contrarias, ya se admite uno eliminando al otro. Aún en exposiciones del tomismo parecería que primero captamos lo sensible; éste deja una imagen de la cosa; después hay una abstracción que desnuda la esencia de sus manifestaciones sensibles, quedando así la esencia sobre la cual ejerce su acción la facultad intelectual, produciendo el concepto.

Esta disección puede ser muy útil para exponer el proceso intelectual, pero, generalmente se omite advertir que se da en un instante en que lo corpóreo y lo espiritual están indisolublemente unidos. Y es precisamente en la captación de la belleza donde más claramente aparece la actuación conjunta de los constitutivos esenciales de la persona humana.

Como ya había señalado Aristóteles: en toda línea de conocimiento, sobre todo en la del saber discursivo, hay una *intuición*. Un acto inicial experimental y por ello a la vez sensitivo e intelectual⁶. Esto parece lógico porque lo más simple precede a lo compuesto.

Esta *intuición* ¿es también intelectual o sólo sensorial? Así lo entendieron, a partir del texto aristotélico, los filósofos antiguos y medievales. Pero en el Renacimiento, Tomás de Vio, “il Gaetano” en su famoso comentario a la “Summa”,

⁴ S. TOMÁS, *Suma teológica*, I, q.5, a.4, ad 1m, ed. B. A. C., Madrid, 1954, pág. 179.

⁵ Ibidem, I, q.27, a.1, ed. cit., pág.703. Cf. J. MARITAIN, *Arte y escolástica*, trad. M. Bergadá, ed. Club de Lectores, Buenos Aires, 1983, pág. 163-167.

⁶ ARISTÓTELES, *Analíticos Posteriores*, trad. Candal, Aristóteles, Tratados de Lógica, ed. Gredos, Madrid, 1988, II, 100b 12; t. II, pág. 400.

sostuvo que, como afirma Santo Tomás, la intuición es un conocimiento *inmediato*⁷; ahora bien, como toda intelección supone la sensación que es el único *medio* que tiene nuestra mente para conectarnos con el mundo exterior, *no hay* intuición intelectual⁸.

Dos siglos después, Immanuel Kant volvió a *negar* que hubiese una intelección *intelectual*. Admitió una intuición *sensorial* producida por la acción de las cosas relativa a la “sensibilidad”, que le confiere, por las “formas a priori” del espacio y del tiempo, su ubicación “objetiva” en el mundo físico⁹. De este modo, se libera del peligro de caer en solipsismo, al que se inclina por su afirmación de la independencia de lo intelectual respecto a lo sensorial¹⁰. Pero queda en pie que *todo* conocimiento sería elaboración del sujeto, incluso los “conceptos empíricos”¹¹.

Notemos que si se considera la percepción *sensorial* como un *medio* que se interpone entre el entendimiento y las cosas, habría que negar esta intuición porque supone la mediación física de las ondas lumínicas y sonoras en la captación visual y auditiva. Pero es una mediación mecánica, no cognitiva, propia del mundo material. En cambio, todo lo propio del conocimiento se da en el ámbito de la *inmaterialidad*, como advierte San Tomás¹².

III

Hay, pues, una experiencia de la belleza que es una intuición no sólo sensorial sino también y sobre todo intelectual. Sin duda, son muchos los que han tenido esta experiencia, pero sin advertirla; y son pocos los que se han preguntado qué sentido tiene. Hay otras intuiciones que no han tenido mejor suerte; hay una que interesa especialmente a la filosofía.

He tenido alumnos aventajados que acometieron la lectura de Heidegger. Conocían la advertencia de Bochenski: se trata de un autor *muy difícil* de entender¹³. Las primeras páginas de “Ser y tiempo” los dejaron consternados ¿Cómo es posible que

⁷ S. TOMÁS, *Scriptum super sententiarum*, I, d.3, q.4, a.5 y III, d.23, q.3 a.1, ed. Lethielleux, Paris, 1929, pág. 122 y 1933, pág.771.

⁸ TOMAS DE VIO “GAETANO”, *In Iam. Partem summae*, q.82, a.3, ed. Leonina, Roma, pág. 302, n° XX.

⁹ I. KANT, *Kritik der reinen Vernunft*, trad. P. Ribas, ed. Alfaguara, Madrid, 1978, pág. 90.

¹⁰ *Ibidem*, pág. 66-67.

¹¹ *Ibidem*, pág. 152-154.

¹² S. TOMÁS, *Suma teológica*, I, q.14, a.1, ed. cit. I, pág. 381; *Ibidem*, I, q.79, a.2 ad 4m. ed. cit., III, pág.286.

¹³ I. BOCHENSKI, *La filosofía actual*, trad. E. Imaz, ed. Fondo de Cultura Económica, México, 1951, pág. 177.

este gran filósofo insista en afirmar que desde la antigüedad hasta nuestros días la filosofía se ha “olvidado” del ser? ¿No es del ser de lo que tratan todos los filósofos?

Sin embargo, aunque algo exagerada, la aserción de Heidegger es correcta. De hecho, casi todos los filósofos se han “olvidado del *ser* (“das Sein”) reemplazándolo por el *ente* (“das Seiende”), esto es evidente en obras en castellano, italiano y francés; de esta última lengua derivan los libros que manejan nuestros alumnos (llaman “ser” al “ente”). Similar es el uso de la palabra “inteligencia” cuando sería mas preciso en nuestra lengua el vocablo “entendimiento”.

Recordemos: “ser” como todo *infinitivo* verbal indica un *acto*, precisamente el que da la realidad a las cosas, no designa un sujeto (“un ser viviente” significa “un acto viviente”, un sin sentido). El *participio* designa el *sujeto* que participa del acto expresado por el infinitivo, en este caso el “ente”. Son dos términos de nuestro idioma aceptados desde hace más de dos siglos.

En mi “Introducción al tomismo” hice notar, hace cuarenta años, el uso equívoco de “ser”, cuando recién comenzaban algunos autores a emplear correctamente este término (como expresión de “acto ser”) y “ente” como “lo que es”. Pero como se trataba de una novedad, creí que para que se entendiese mejor en el resto de la obrita usé “acto de existir” cuando debía haber escrito “acto ser”¹⁴.

Estas precisiones terminológicas son necesarias cuando se trata de analizar un tema tan delicado como la “intuición de la belleza”, tema del cual hay una abundante bibliografía, producida, muchas veces, por escritores brillantes pero desconocedores de la filosofía. Por eso, estas aclaraciones me parecieron muy oportunas.

IV

Si todo razonamiento se inicia con una intuición, cabe señalar que hay una intuición primera, matriz de todo conocer. Así lo expresa Santo Tomás: “Lo que primero concibe el entendimiento como evidentísimo y en lo que todos los conceptos se resuelven, es “el ente”¹⁵. El *ente* abarca todo “lo-que-es”¹⁶. Por ello es indefinible, ya que “definir” es delimitar ¿Qué podría limitar al ente? No la nada, porque la nada no existe; tampoco el mismo ente, porque no podría limitar lo que es de su misma realidad.

¹⁴ G. E. PONFERRADA, *Introducción al tomismo*, 1ª. ed. Eudeba, Buenos Aires, 1970. Hay dos ediciones posteriores.

¹⁵ S. TOMÁS, *De veritate*, q.1 a.1; *Quaestiones disputatae*, ed. Marietti, Torino, 1949, pág. 1.

¹⁶ S. TOMÁS, *In Peri Hermeneias Expositio*, I, 5, n° 71; ed. Marietti, Torino, 1955, pág. 28.

También enseña Santo Tomás que hay nociones que *explicitan* aspectos inteligibles de todo ente que están implícitos en su concepto. Son cinco: “cosa” subraya su realidad, “algo” su oposición a la nada; “uno” su indivisión; “verdadero” su relación al entendimiento; “bueno” su relación a la voluntad. Estas nociones han sido llamadas “propiedades trascendentales del ser”¹⁷.

Es curiosa la aceptación de un título creado por la escolástica moderna y claramente erróneo. “Propiedad” es lo que surge necesariamente de la *esencia*. Pero el ente no es una esencia sino mucho más: es la unidad ontológica de ser y esencia; y estas nociones tienen su raíz en el *acto de ser*. “Trascendental” es un adjetivo derivado de “trascendente”, que, desde Kant, designa el mundo interior del sujeto cognoscente, opuesto a “trascendente”, el mundo exterior. “Ser” aquí indicaría erróneamente al ente.

Creo conveniente sustituir un título erróneo, como el citado por otro, en este caso, por “atributos ónticos”, a semejanza de los “atributos divinos”, como denomina la Teología moderna a las perfecciones de Dios que se identifican con la esencia divina pero que, según nuestro humano de entender, corresponden analógicamente a cualidades de cosas de este mundo. “Ontico” indica “del ente”.

¿Y la *belleza*? No aparece en la lista de los atributos ónticos. Un texto de Santo Tomás puede guiarnos en la respuesta. “Tres cosas se requieren para la *belleza*. En primer lugar, la *integridad* o perfección, pues las cosas que están disminuidas por eso mismo son defectuosas. Además, la debida *proporción* o sea la consonancia. Y, por último, la *claridad*, por la cual las cosas que tienen colores nítidos se dice que son bellas¹⁸.

“Integridad” evoca el atributo “uno” porque lo que está incompleto o le falta algo carece de la unidad o de la perfección propia de su entidad. “Proporción”, porque lo desproporcionado adolece de la armonía correspondiente a su entidad. “Claridad”, porque su falta oscurece su intelección y no podría causar agrado. “Proporción” y “claridad” evocan rasgos inteligibles: sólo el entendimiento puede captar las relaciones que hacen de las cosas una realidad armónica. Y la claridad, no sólo aquietta a la mente en su deseo de conocer, sino que produce agrado, complacencia, gozo.

¹⁷ WEBERT, *Essai de Metaphysique Tomiste*, ed. Desclée, Paris, 1927, pág. 61. D. Marcier, *Metafísica*, ed. Biblioteca Filosófica, Madrid, 1035. L. LANCHANCE, *L'etre et ses proprietes*, ed. Du Levrier, Montreal, 1950. J. MARITAIN, *Siete lecciones sobre el ser*. Ed. Desclée, Buenos Aires, 1943; E. GILSON, *Elementos de Filosofía Cristiana*, ed. Rialp, Madrid, 1969.

¹⁸ S. TOMÁS, *Suma teológica*, I, q.39, a.8; ed. B. A. C., Madrid, 1953, pág. 304-305.

El atributo óptico “verdadero” señala la relación del ente al entendimiento; el ser, cuando es entendido, produce la verdad, que es lo que busca nuestra facultad intelectual; pero no el agrado y la complacencia que causa lo bello en la voluntad, como lo hace la consecución de lo “bueno”.

Santo Tomás explica: “Como el bien es lo que todos apetecen, es propio de lo bueno que el “apetito” (voluntad) descanse en él. Pero, a la razón de lo bello pertenece que *a su vista o conocimiento* se aquiete el “apetito”; por ello aquellos sentidos que principalmente perciben lo bello son los más cognoscitivos, como la vista y el oído, que están al servicio de la razón”.

En la captación de la belleza intervienen los sentidos (vista y oído), el entendimiento y la voluntad. Se trata de intuición de la *belleza natural*, no de la artística o “estética” que reviste infinidad de formas, muchas veces alejada de lo natural.

En la “Suma”, Santo Tomás insiste que todas las perfecciones creadas están en Dios como causa y como fin de todas, no hay ninguna cuestión sobre la *belleza divina*. Es que resulta imposible formar en nuestra mente una idea de quien no sólo es trascendente sino que es la trascendencia misma, unidad perfecta e infinita del ser y la esencia. Sólo cabe exclamar: “a Él todo honor y toda gloria”.

Gustavo Eloy Ponferrada